

ROMA.

LOS ORÍGENES.—LA MONARQUÍA.

Puede condesarse así el pró y el contra en la cuestion relativa á la historia tradicional de Roma: estas tradiciones se apoyaron en los grandes anales, (*Annales Maximis*. Cic. de Oratore lib. II, cap. XII), en donde consignaba el pontífice máximo todas las cosas memorables, y que llegaban segun el autor citado, hasta los Gracos; en los *acta populi*, *acta senatus*, etc. (Cic. ibid. cap. XXXVII); en los *libri magistrati*, y en los de lino, que quizá eran lo mismo; en las memorias de las familias censoriales, y en el uso antiquísimo de que el primer magistrado colocase cada año un clavo en un templo.

Los que desde los tiempos de Erasmo han comenzado la demolicion de las fuentes de la historia romana, sobre todo Beaufort, (1738), hacen notar en primer lugar que Ciceron mismo y Tito Livio, el gran historiador-orador de Roma, desconfían de una historia que ha sido adulterada y cuyos monumentos fueron destruidos; en segundo lugar, no hay pruebas no sólo de que los romanos estuviesen en tiempo de Rómulus tan civilizados como los griegos, lo cual es una afirmacion absurda de Ciceron, sino que ignoraban ó apenas cono-

cián el uso de la escritura; los tratados antiguos y las leyes primitivas encontrados en parte, ni eran mostrados, ni podían ser leídos; los anales de los pontífices perecieron en gran parte cuando Roma fué incendiada por los Galos y el resto permaneció secreto; (1) las *actas* del senado no empiezan sino en los tiempos de J. César; el uso de los clavos, interrumpido varias veces, de nada sirve, porque no nos queda ninguno de ellos. Además, los primeros que se ocuparon de la historia de Roma fueron griegos, (*Dionisio de Halikarnaso*, lib. I), en pos de los cuales vinieron algunos como Fabius Pictor y Caton el mayor, autores sin crítica ninguna y contemporáneos de las guerras primeras; y de quienes historiadores posteriores, como Dionisio y Polibio, no hacen caso alguno; todo esto sin tener en cuenta las numerosas diferencias y contradicciones de los autores entre sí; sobre todo entre Dionisio y Tito Livio nunca hay acuerdo sobre los primeros tiempos de Roma.

Sobre estas ruinas, un erudito de genio,

[1] Plutarco, citando á Clodius, dice que los anales despues del incendio del Capitolio, fueron restablecidos en provecho de ciertas familias ilustres que insertaron en ellos falsas genealogías.

Niebuhr, siguiendo á Vico, ha intentado reconstruir la historia de Roma poniendo en primer término un período épico, adivinando la poesía, la epopeya primitiva en el fondo de las tradiciones; pero desde el reino de Tullius Hostilius, que es todavía un "poema bárbaro," comienza el ciclo de los hechos propiamente históricos y aquí Niebuhr, removiendo á fuerza de erudicion aquellas masas enormes y oscuras de la primitiva historia, la rehace por completo, olvidándose desgraciadamente de los poquísimos datos que tenemos para semejante trabajo. Mommsen, sigue el sistema opuesto; descuida las tradiciones de los primeros tiempos como meramente fabulosas, ó por lo ménos, sin ninguna consistencia histórica y se limita á bosquejar con mano maestra el cuadro de las primeras instituciones y de su progreso primitivo.

Sin embargo, por débiles que sean las bases de la historia tradicional de Roma, los historiadores que nos la han legado no han podido inventarlo todo, y de seguro hay un fondo de verdad en muchos de los acontecimientos que trascriben. Esta opinion de muchos sabios modernos, se ha fortificado singularmente desde que las excavaciones hechas en Roma en los últimos años han tendido á consolidar más bien, que á combatir la tradicion. Citaremos algun hecho para no alargar demasiado esta nota. No sólo se han encontrado en Roma los restos de los muros de Servius, sino que las recientes excavaciones en el Palatino han sacado á luz los muros que formaban el recinto de Romulus, la *Roma quadrata* primitiva, cuya construccion es de carácter etrusco como la de los muros de Servius; en ese recinto se han encontrado las bases de la *porta mugonia*, en donde Romulus detuvo la fuga de su ejército ante los sabinos, ofreciendo á Júpiter un templo, cuyas bases se han hallado tambien junto á la puerta, el templo de *Júpiter Stator*, ó que detiene á los

que huyen. Pero el más importante de estos descubrimientos es del P. Bruzza, que en los grandes bloques de piedra que forman el muro serviano, encontró inscripciones en caracteres griegos, que indicaban el destino y la colocacion de las piedras y que prueban dos cosas: 1°, que la escritura era de uso corriente hasta entre los artesanos, y 2°, que como lo habían previsto Kirchoff y Mommsen, la escritura vino á los romanos de sus relaciones con las colonias griegas de la Italia meridional. Este hecho del conocimiento de la escritura por los romanos de la época monárquica, echa por tierra las hipótesis de Niebuhr sobre las epopeyas y leyendas primitivas, que son en mucha parte obra de los griegos que adornaron los áridos anales de los primeros romanos; los Ajax y los Hektor, no viven en los tiempos en que se sabe leer y escribir.

Al E. los ramales del Apenino habitados por los Equos y los Sabinos; al S. los montes del país de los Volscos, derivados tambien, del Apenino, que corren del país de los Hernicos y terminan en el mar, en el promontorio de Terracina; al O. una fraccion del Mediterráneo, que ha labrado allí pocos puertos y al N. las regiones occidentadas de la Etruria, he aquí los límites de una vasta llanura, quebrada aquí y allá por grupos de colinas y profundamente trabajada por los fuegos volcánicos, que se llama el Lacio, (la extensa llanura). El Tíber, (torrente de la montaña), y el Anio, que procede del país sabino y se une al Tíber, son las dos arterias fluviales del Lacio; en algunos de los cráteres apagados de la comarca, las aguas han formado lagos como el Albano y la constitucion pantanosa del suelo la hace insalubre. (1).

[1] No tanto como en los tiempos modernos. La insalubridad de la campiña romana ha tomado las terribles proporciones que hasta hoy tiene, desde el sitio de Roma por Vitiges y sus godos que cortaron los acueductos que

En aquella llanura, habitada desde tiempo inmemorial por los iberos y por los ligures, (sikeles), penetró una parte de la inmigración ombro-latina. Cuando este acontecimiento tuvo lugar, los latinos habían llegado al período de formación de pueblos antiguos, en que se constituyeron en tribus. Estas tribus ó *pagos*, en el estado pastoral ó agrícola naciente, construían, para poner en seguridad los frutos de sus labores y sus personas, unas ciudadelas, (*arx*), sobre las alturas vecinas (*capitolium*); poco á poco las casas de la tribu, agrupadas en derredor de aquellos muros ciclópicos, (de origen pelásgico ó etrusco), y cuando ya la seguridad fué mayor, se circuyeron á su vez de un recinto, (*urbs*) y la ciudad material quedó formada.

Así nacieron la mayor parte de las ciudades italianas; así las del Lacio; la primera colonia latina parece haber sido Alba, cerca del monte que lleva su nombre, á ésta siguieron, Tibur, Preneste, Gabies y Roma sobre el Tíber.

En la página 121, hablando de la formación de Atenas, hemos bosquejado también la de Roma; el culto de los antepasados formando la familia, sirviendo de vínculo á la *gens*, á la tribu ó pago, y por último, á la ciudad unida en la adoración de un padre común, cuyo hogar era el centro de la ciudad y cuyo sumo sacerdote era el rey. (V. Fustel de Coulanges, la *Cité antique*.) Las más antiguas tradiciones representan la primitiva Roma como formada por la unión de tres tribus, la de los Ramnes es de origen latino, la de los Ticios, de origen sabino y la de los Lúceres, cuyo origen es etrusco quizá. (1)

Estas tribus separadamente y luego juntamente llevaban el agua á la ciudad y que no reparados ó reparados mal, dejaron caer al suelo las aguas que conducían, formando pantanos, que descuidados durante muchos siglos, fueron la causa de la peste y de la desolación que allí reina.

[1] Los datos que existen sobre la influencia de los etruscos en los romanos primitivos está apoyada en noticias concluyentes. En las excavaciones hechas en el Es-

tas ocuparon algunas de las colinas de las orillas del Tíber. ¿Qué razón tuvo el establecimiento de esta ciudad en aquella región poco fértil y malsana? Una, que ha sido admirablemente explicada por el profesor Mommsen. Roma dominó al Tíber por su situación y el Tíber era la arteria comercial del Lacio; los romanos fortificaron el puente lanzado sobre el río, para evitar las invasiones que podían venir de la otra orilla, y dieron á todo lo relativo á este medio de comunicación y de defensa á la vez, tal importancia, que las personas encargadas de su cuidado formaron un colegio, que tuvo un carácter eminentemente sacerdotal, el de los pontífices; además su primer colonia estuvo en la boca del Tíber y no la perdieron jamás, Ostia. Por consiguiente un punto que sirviera de escala al comercio del Lacio con el exterior, por mar y una ciudadela que les asegurara la posesión de la frontera marítima, he aquí la razón de ser de Roma, que tal vez fué fundada por una decisión de los latinos confederados. Los romanos se fortificaron por esta razón desde temprano, cuando las otras ciudades aún permanecían abiertas y de aquí su superioridad sobre ellas. Además por su situación era Roma el mercado de aquel país agrícola, éste hizo afluir á ella la población y la historia de los progresos de su constitución interior va marcando los pasos del engrandecimiento de la ciudad.

La primera ciudad se fundó sobre el monte Palatino. En torno suyo trazó Romulus, según la tradición, y siguiendo los hábitos etruscos, el surco que fué el límite de la ciudad. Las urnas de tierra negra, encontradas en las excavaciones del Albano, nos han revelado la forma de las primeras habitaciones de los *rameses* ó romanos; verdaderas cabañas, cuya forma era quilino, se han encontrado debajo de los *puticuli* ó pudrideros en que arrojaban los cadáveres de los esclavos, tumbas practicadas en la roca viva, anteriores seguramente, al muro de Servius, y en ellas vasos, copas, lámparas y otros utensilios de origen etrusco.

la misma que la del templo de Vesta, hogar de la ciudad, y que ha sido imitada hasta en el Panteón, hoy convertido en santuario cristiano. Dentro del Palatino estaba el *mundus*, en donde cada uno de los primitivos habitantes había depositado algunos utensilios domésticos y un terrón del campo patrimonial; allí estaban los hogares de las *curias*, el edificio en que se reunía el colegio de los *sálíos*, el santuario de la loba, (*lupercal*), etc. Pronto la ciudad, desbordando del Palatino, ocupó otras seis colinas y andando los tiempos se reunió con los otros romanos que tenían una especie de ciudad aparte en el Quirinal, como numerosos indicios lo comprueban. Estos habitantes del Quirinal y del Viminal se llamaban *collini* y los del Palatino, *montani* ó montañeses. Esta aglomeración debe haberse consumado muy lentamente, pero ya lo estaba en tiempo de Servio Tulio, que la organizó definitivamente.

Para acabar de dar una idea de lo que debió ser bajo su aspecto moral, digámoslo así, la Roma primitiva, haremos, siguiendo á Mommsen y á Preller especialmente, un esbozo de las primeras instituciones civiles y religiosas de los romanos. Ningún pueblo ha constituido la familia, de un modo tan riguroso y tan fuerte como el romano.

La familia es una asociación eminentemente religiosa. El padre es el sacerdote del culto de los antepasados, éste es el culto de los *manes* ó *lares*. Este jefe de esta asociación religiosa, libre por la muerte de su padre y unido por la comunidad del fuego y el agua, mediante el rito sagrado de la torta de harina, (*confarreatio*), con una mujer, á quien ha hecho abandonar el culto de su casa paterna, para adscribirla al de su nuevo hogar, este es el tipo del romano, es el padre de familias; rey y sacerdote en su casa, cuyo cuidado económico tiene la mujer, lo que impedirá su degradación, pero cuya única representación tiene él ante la ciudad, puede matar ó vender á su

esposa y á sus hijos, ya engendrados por él, ó por él tomados de otras familias y hechos suyos ó adoptados ante el pueblo reunido. Debajo de los hijos y de la esposa, perteneciendo al padre como ellos, pero en clase de bienes ó de cosas estaba el esclavo. Cuando el hijo llega á la edad adulta, puede formar un patrimonio distinto, recibiendo un rebaño (*peculium*). Pero esto no lo hacía propietario, sólo el padre lo era y este derecho del padre excluía el del rey y el de la ciudad; cuando el padre abusaba de sus derechos merecía el castigo de los dioses, pero los hombres no podían tocar á su autoridad ilimitada.

Esta fuerza íntima y profunda de la unidad social que es la familia, se comunicará al organismo entero, de aquí su admirable aptitud para prevalecer sobre los otros en la lucha de la vida, de aquí que el gran movimiento de selección que se verificaba en los pueblos italianos, tendría por producto definitivo una ciudad suficientemente fuerte para conquistar y organizar un mundo.

El jefe de la familia no sólo era un padre sino un patron, (*patronus*): gran número de extranjeros, de libertos, de personas que gozaban de una libertad tolerada, pero que no eran ciudadanos libres de Roma, se agrupaban en derredor de una familia y formaban la *clientela*. Los clientes están completamente sometidos al patron, á quien consagran todos sus servicios, en cambio de la protección paternal que éste debía dispensarles. Con el transcurso del tiempo los descendientes del cliente primitivo, se hacen independientes de los herederos del primitivo patron y se convierten en hombres libres.

Muerto el jefe de una familia, los varones son á su vez padres de familias, pero éstas conservan ciertas relaciones entre sí que provienen de su antigua unidad simbolizada por un culto común que los une hasta cuando ya el grado de parentesco no puede seguirse. Esta agrupación de familias es la *gens*.